

sin cimientos y sin apoyo, y que vendria abajo en el instante mismo, si la mano que lo sostiene se retirase. Pero tambien la modesta iglesia del hospicio resuena noche y dia con súplicas y oraciones; cada una de las numerosas *familias* de la casa pasa á su turno una hora al pié del altar.

¿En dónde está el noviciado de los hermanos y de las hermanas que cuidan tantos pobres y enfermos? Está en la casa. ¿Cuál es el semillero? Los huérfanos y las huérfanas que van á buscar allí un asilo. Además de los oficios y de las profesiones útiles á las cuales se les dedica, se les ejercita en la noble vocacion de servir á los pobres. Las huérfanas aprenden á cuidar á los enfermos y algunas se preparan á convertirse en Hermanas de la Caridad; una parte de los huérfanos se dedica á las funciones de enfermeros; unos y otros instruyen y cuidan á los pequeños niños indigentes que van de fuera á pasar el dia en la casa. Admirable combinacion que de la educacion dada por la caridad, hace nacer para la caridad nuevas generaciones de ministros llenos de abnegacion! La Italia nos habia habituado á los milagros, pero confieso que nos reservaba el mayor de todos para lo último.

Al salir de aquel lugar en que la caridad de Jesucristo os penetra con sus llamas y se muestra tan viva, tan pura, tan asombrosa como en los más hermosos dias de la Iglesia, nos trasladamos á la casa de la señora marquesa de B.... la amable y piadosa hospedera de Silvio Pellico. El ilustre prisionero del Spielberg, á quien estábamos recomendados, nos recibió con una afabilidad perfecta. Cuando se mienta á un *conspirador*, á un *carbonario*, á un *criminal de lesa-majestad*, la imaginacion se representa involuntariamente á un hombre de facciones duras, de mirada feroz,

<sup>1</sup> Véase *Instituto di beneficenza* a Torino, por M. Sacchi.

de aire sombrío y malvado, de formas más ó ménos atléticas, de voz gruesa ó voluminosa; ¡cuál fué, pues, nuestro asombro, y yo diria tambien nuestra indignacion, al ver un hombre pequeño que apenas llega á cuatro piés y medio de altura, de complexion delicada, de semblante dulce y risueño, de maneras afables, de porte noble y modesto; á un hombre que no habla de sus prisiones sino para bendecir á la Providencia y perdonar á sus verdugos; que une á la humildad de un niño la piedad de una jóven y el valor paciente de un solitario! Para descubrir á un conspirador digno del *carcere duro*, en semejante criatura, se necesita tener los ojos de la policia austriaca. Tal fué la primera palabra que se escapó de todas las bocas al salir del hotel.

La hora de partir habia llegado. Con gusto nos colocamos en el coche cuya última vuelta de sus ruedas debia detenerse en el suelo de Francia. Al salir de Turin por la puerta de Suze, se inclina uno ante la pirámide de Beccaria; luego entrando en una llanura ricamente cultivada, se deja á la izquierda á Pignerol y á Fenestrelles, que recuerda al viajero el misterioso Máscara de hierro, y á Fouquet y á Lauzun prisioneros de Luis XIV, y al venerable cardenal Pacca prisionero de Napoleon. Fenestrelles repite todavia el paso del ejército frances en 1516, glorioso preludio de la escalada del Gran San Bernardo. En el fondo de los valles vecinos subsisten hace setecientos años los restos de los Vaudes. Estos herejes tan temibles ya por sus doctrinas subversivas de todo orden religioso y civil, forman ellos mismos una sociedad y una religion que cuenta cerca de veinte mil adeptos. Son en general agricultores y pastores, viven del cultivo de sus valles y del producto de sus rebaños. Tienen templos y ministros llamados moderadores ó barbas, comunican

poco con los paisanos vecinos y se muestran muy adictos á sus errores.

En el camino hé aquí á Rivoli, cuyo castillo sirvió de prision á Víctor Amadeo II; más léjos se percibe á través de las abundantes plantas de moreras, la graciosa aldea de Avigliano, famosa por sus sederías; dos leguas más allá, cerca de la aldea de San Ambrosio, se levanta en la cima piramidal de San Miguel un convento de Benedictinos que podria tomarse por una fortaleza amenazadora de la Edad Média. En fin, costeano las orillas escarpadas del Doire y contemplando por última vez la viña unida al olmo, llegamos á Suze. ¡Salud á la bonita y pequeña ciudad! ¡Salud á su *Paso*, tan difícil y tan famoso en los anales de nuestras guerras! ¡Salud á su Arco de Triunfo de mármol, dedicado á Augusto y cuyo friso aéreo presenta la imagen esculpida de un triple sacrificio. Por donde quiera que el pueblo-rey dejó monumentos de su poder, grabó un homenaje á la religion. La noche vino á sorprendernos en aquellas Termópilas de la Italia, pero no debia detenernos. Mientras nosotros conversábamos todos alrededor de un ancho hogar, se trasportaba la caja del coche á un trineo, único medio de continuar el viaje enmedio de las nieves.

#### 23 DE ABRIL

Adioses á la Italia.—Mesa del Monte Cenís.—Hospicio de los Peregrinos.—Lans-le-Bourg.—Camino de los Alpes.—San Juan de Maurienne.—Chambery.—Paso de las Escalas.—Puente de Beauvoisin.—Lyon.—Vuelta á Nevers.

El resplandor dudoso de nuestras linternas no nos permitió ver el lugar del fuerte de la Brunette; pero el viajero cristiano y frances no puede olvidar al bravo

caballero de Belle-Isle, padre del excelente mariscal de este nombre, que murió aquí en 1747, víctima de su valor. Dícese, y con razon, que no se puede dar un paso en toda la parte de Italia, desde los Alpes hasta los Abruzos, sin pisar huesos franceses. Génio, oro, sangre, valor, todo hemos gastado para conquistar un país en donde nunca hemos podido asentar nuestra dominacion, y en el cual hoy no poseemos ya una sola pulgada de terreno. ¡Misterio!

Los primeros resplandores del dia iluminaban el horizonte cuando llegamos á la posada de la Gran Cruz. Durante la detencion obligada de los trineos, echamos una última mirada á la Italia, á la cual enviamos nuestros buenos deseos y nuestros adioses. No lo sé; pero parece que en la cima de los Alpes, á seis mil piés de elevacion sobre el nivel del mar, enmedio del silencio de la naturaleza, el espectador se aísla más fácilmente de sus preocupaciones, la mirada se hace más penetrante, el juicio más reposado; el espíritu se engrandece con el horizonte, el corazón se dilata, los sentimientos se hacen más vivos y más puros; se ve mejor la grandeza ó la pequeñez de los hombres, la realidad ó la nada de las cosas; se hace, por decirlo así, como un corte del bien y del mal que permite apreciar las verdaderas condiciones de la gloria, de la felicidad y de la vida de las naciones.

¡Oh brillante Ausonia, que resplandesce entre los pueblos como el diamante en la frente de los monarcas, tú fuiste la madre incomparable de los grandes capitanes, de los grandes poetas, de los grandes navegantes, de los grandes artistas: *Alma Parens magna virum*. El mármol, el bronce, los metales preciosos animados al soplo de tu génio, se levantan en estatuas, en templos, en palacios, en fuentes, en arcos de triunfo, en obeliscos, en monumentos

de todo género, y cubren tu suelo privilegiado magníficos y numerosos como los abetos seculares que coronan las cimas aéreas de los Alpes y del Apenino. La tierra parece haberse escapado para tí de la maldición primitiva; dócil à tu mano, produce con abundancia no solo el pan que mantiene la vida del hombre, el vino que regocija su corazón, la seda que le da un vestido real, sino también los frutos más deliciosos para su gusto, las flores más gratas para su olor y más agradables á su vista.

Graciosa como la faja imperial de la jóven vírgen, 1 un mar azul rodea tus riberas y te trae las producciones más raras de países lejanos; tal es la feliz temperatura de tu clima que millares de enfermos van de todos los puntos del globo á pedir su curación, mientras tu cielo, casi siempre sin nubes, parece celoso de hacer lucir con un brillo inmortal todas las variedades de tus gracias y de tu deslumbradora belleza. Brillante Ausonia, regocíjate; tú podrás perder y has perdido tal vez otros cetos; pero mientras viva en el corazón del hombre el amor á las maravillas de la naturaleza y del arte, serás el primer objeto de su ardiente curiosidad y el término final de su legítima admiración.

Mas un espíritu reposado y penetrante vive en todas estas ventajas el verdadero principio de la gloria y de la felicidad de Italia? ¡Ah! esos bienes aparentes son más bien una causa de ruina, que una fuente de prosperidad. ¿No es ya bien conocido que la riqueza del suelo es la compañera ordinaria de la relajación de las costumbres; que la molición de las costumbres engendra la corrupción de los corazones y que la corrupción conduce con un paso más ó ménos rápido, pero siempre infalible, á la destrucción de las sociedades? Y por otra parte, ¿qué cosa más propia para provocar

1 Jeremías, VI, 11, 32.

invasiones desastrosas que tantos bienes reunidos en este país encantador? Por eso al recorrer los anales treinta veces seculares de la península se ve uno obligado á exclamar: «¡Desgraciada Italia con ser tan bella y con excitar de siglo en siglo la codicia de todos los bárbaros!» El principio de su vida, el alma de su gloria es la religión. Esta la dió fuerza antes del Evangelio y la dió el imperio del mundo: *Nulla unquam civitas nec major, nec sanctior.* «Jamás ha habido ciudad más grande ni más santa.» Es preciso repetir las palabras de Tito Livio que he tomado por epígrafe de esta obra. Después del Evangelio la mantiene en el trono de la inteligencia y la hace reinar sobre los pueblos, como el sol sobre los astros del firmamento, para comunicarles su luz, regularizar sus movimientos, y llevándoles en su órbita, mantener la armonía universal.

Buscar por todas partes este principio vital, descubrirlo á las miradas de aquellos que vengan después de nosotros; tal ha sido el objeto de nuestra larga peregrinación. Este principio se nos ha presentado en el decreto particular de la Providencia que ha elegido á la Italia para el centro de la fe; se nos ha aparecido en las tumbas de los mártires, cuya sangre sigue fecundando aquella tierra que empapó hasta sus profundidades; en las basílicas de los santos á quienes la piadosa Italia rodea con un culto tan magnífico, tan filial y tan tierno; en las peregrinaciones tan numerosas, en las devociones tan puras á la Vírgen Madre de Dios, protectora de la inocencia y refugio de los pecadores; en las instituciones de caridad tan inteligentes y tan variadas, que llevan la vida á todas las venas del cuerpo social con más abundancia y felicidad que los mil canales de riego en las llanuras de la Toscana ó de la Lombardía; en el respeto hácia la autoridad paterna; en la obediencia gene-

ral á los magistrados y á los soberanos; en la fe en Dios, en la Iglesia, en el Papa y en su palabra soberana.

Las glorias exteriores de la Italia no son más que un reflejo de aquella luz oculta, la manifestación múltiple de aquel principio vital. ¡Ojalá y los viajeros puedan comprenderlo bien y no intenten provocar á las poblaciones italianas con sus sarcasmos, sus falsos juicios, sus burlas, al menosprecio de las únicas y verdaderas garantías de su existencia y de su prosperidad! ¡Ojalá y la Italia misma pueda rechazar como el lazo más peligroso el delirio hoy tan ardientemente acariciado de una república, de una confederación, ó qué sé yo, de una unidad quimérica que reuniría todas sus provincias bajo un cetro común! La pretendida libertad, la pretendida grandeza, nacida en las tenebrosas logias del carbonarismo, propagada por el espíritu malo que sopla hoy en el mundo, deseada por los que no la han visto, esta utopía, llevará al seno de la Italia la guerra civil, la pérdida de la libertad y el despojo de la Santa Sede.

La guerra civil. ¿Cuál será la capital de la nueva república? ¿Alguna vez fué habitada la Italia por un pueblo homogéneo? ¿No es su historia la relación continua de las sangrientas rivalidades de los Etruscos y de los Samnitas, de los Volscos y de los Latinos, de los Griegos y de los Galos establecidos en su territorio? El Toscano y el Piamontés, el Lombardo y el Veneciano, el Genovés y el Parmesano, el Romano y el Napolitano, ¿no han heredado la antipatía y las pretensiones de sus abuelos? Querer componer de tantos elementos contrarios un todo homogéneo capaz de unión; querer hacer ceder á intereses políticos semejantes resistencias, que provienen de la diferencia de las razas, y obligar á cinco capitales italianas á renunciar sus pretensio-

nes para reconocer la supremacía de una de sus rivales, esta es una tentativa imposible en sí misma y que no tardaría en hacerse sangrienta.

La pérdida de la libertad. Si la libertad no es la licencia; si la libertad implica el derecho real y práctico de obrar sin trabas en la esfera en que la Providencia ha colocado á cada ciudad, á cada provincia, á cada individuo; el derecho de manifestar su pensamiento cuando es justo, noble, benéfico; el derecho de llegar á las dignidades y á los honores que merecen el trabajo, la ciencia, la virtud, el génio; el derecho de hacer reparar los males y las injusticias de que se puede ser víctima en la persona, en el honor, ó en la fortuna. en una palabra, el derecho de cada uno de cumplir fácilmente y sin temor los deberes de la doble sociedad humana y divina 1; la historia pasada y presente declara que la Italia, Roma sobre todo, goza de mayor suma de libertad que cualquier otro país del mundo. ¿En qué se convertiría esa libertad en la hipótesis de la unidad material, de la centralización y del

1 El Traductor se toma aquí la libertad de llamar la atención de sus lectores hácia esta manera de definir la libertad, noble sentimiento encarnado en la naturaleza humana, que es el objeto y afán de todos los hombres políticos. De esta misma manera la definen en general los escritores católicos, entre otros, nuestro esclarecido compatriota el Sr. Munguía, cuyos escritos, por desgracia poco conocidos de sus contemporáneos, respiran esa grata libertad que no contraría á la ley ni al orden y que hace del hombre una noble emanación del Dios que le crió.

Y no se puede concebir que haya quien llame retrógrados, y oscurantistas, y enemigos del progreso, y antiliberales á los que comprenden la libertad de esta manera verdaderamente filosófica y moral, que así mira al interés individual como al de las sociedades, y tanto conduce á crear y conservar el orden público, como á producir y fomentar el bienestar de los individuos. Diríase que no hay buena fe en este género de ataques, y que cuando bajo este respecto se impugna á los escritores católicos, más que deseo de convencer, se tiene el de producir contra ellos, aunque sea sin justicia, la animadversión de los incautos.

gobierno representativo? ¿No se levanta un grito general del seno de los pueblos que lo han ensayado contra el sistema que confisca en provecho de un sér ideal colectivo y forzosamente irresponsable, ya sea Estado, Gobierno ó Cámara, cualquiera que sea su nombre, la inteligencia, la educacion, la fortuna, la libertad de las ciudades, de las provincias, de los particulares transformados en autómatas?

El despojo de la Santa Sede. Hé ahí la última palabra de la revolucion, no solo en Italia, sino en el resto de la Europa. ¿A quién se hará creer que los apóstoles de la jóven Ausonia trabajan por poner en manos del Papa el cetro de la Península? Aun cuando tal fuese su objeto, la realizacion de su proyecto seria tambien una desgracia. Tanto cuanto conviene al Vicario de Jesucristo el ser materialmente independiente, otro tanto le causaria mal el ser soberano de un gran imperio. En los dias de tempestades en que vivimos ¿no seria su trono temporal un obstáculo permanente para el libre ejercicio de su poder espiritual? ¿No veis que el celo de las potencias, las intrigas de la diplomacia, la desconfianza de los pueblos, el odio acaso puede asediarla dia y noche, y hacer desaparecer al padre y al pontífice bajo el rostro desfigurado del monarca? Pero esto es ya discutir demasiado una suposicion evidentemente quimérica. En el plan real de la futura república, los Estados Pontificios no serian más que una provincia de segundo órden, tal por ejemplo como la Lombardía y la Toscana, y el Santo Padre seria el tributario y el vasallo del Estado. ¿Pero qué llega á ser entónces la independencia natural del jefe de la Iglesia? ¿qué llegar á ser la Iglesia misma? ¿qué la enseñanza de la religion y la fe de los pueblos y el gobierno de la gran sociedad extendido en los cuatro confines del mundo? ¿qué llegan á ser, en último aná-

lisis, la libertad y la civilizacion? Lo que llegaria á ser la armonía de los cielos si llegaseis á encadenar el sol 1.

Al echar una última mirada á la Italia, venian todos estos pensamientos en tropel á presentársenos á nuestro espíritu. Y así sucede, porque al recorrer las diversas partes de este hermoso país, llegan algunos sordos ruidos á oídos del viajero reflexivo. Arde en las entrañas de la tierra un fuego subterráneo que podria un dia hacer explosion. ¡Que el Dios de bondad, que protege tan manifestamente á la Italia, extinga este volcan! Si la península ha de ser castigada, que lo sea con la pérdida de los bienes temporales que la enriquecen, pero jamás se alteren su fe y su piedad. Con tal que conserve intacto este doble tesoro, aunque fuese despojada de todo lo demas, ella será siempre bastante rica, bastante poderosa, bastante feliz. Ellá tendrá el principio inmortal que hizo á Roma la

1. Es verdaderamente admirable la precision y valentía con que describe el Autor en este párrafo y los tres anteriores la guerra civil, la pérdida de la libertad y el despojo de la Santa Sede, como consecuencias indeclinables de la *unidad italiana*, promovida por los revolucionarios y las sociedades secretas. Pareciale imposible la realizacion de esta idea; porque á todo corazon recto le parece siempre imposible el triunfo del mal sobre el bien. Y cuando él describe imparcial y filosóficamente al Gobierno pontificio, y de sus descripciones resulta que es un modelo de Gobiernos paternales bajo cuya modesta pero sabia direccion se alcanzan los objetos de todo gobierno, la libertad individual, la seguridad, la paz, la recta administracion de justicia, el bienestar de los ciudadanos, etc., no podia creer que tan positivos bienes, con otros muchos que de ellos vienen, se sacrificasen al deseo quimérico de reformar una carta geográfica. Sin embargo, así ha sucedido. En nuestros dias hemos visto la unidad italiana con el despojo de la Santa Sede: veintinueve años despues de que el sabio viajero oia aquellos ruidos sordos, el volcan ha hecho erupcion, ha volado el trono del Papa y levantado el de un rey de *toda la Italia*, á cuyos piés yace prisionero el Santo Pontífice, el venerable anciano Vicario de Dios, á quien están confiadas las llaves del reino de los cielos. Victor Emmanuel reune hoy bajo su cetro de hierro á Génova y Parma, á la Toscana y al Piamonte, al reino

reina eterna del mundo, y de la brillante Ausonia, su hija predilecta: *Nulla unquam civitas nec major nec sanctor, nec bonis exemplis ditior fuit.*

Entretanto la comitiva, convenientemente calentada, se puso en marcha y estuvimos muy pronto en la mesa del Monte Cenís. El verde césped con que está cubierta durante el estío, los narcisos, los ranúnculos, las violetas, las mil flores que la entapizan y que la embalsaman habrán desaparecido bajo montañas de nieve. Sus flancos entreabiertos por la mano de los hombres, nos presentaron un estrecho pero largo paso entre dos altas paredes cuya solidez dependia únicamente de algunos grados más ó ménos en el termómetro. Hubiéramos viajado mejor con un tiempo seco y un aire sereno, porque un deshielo, una borrasca podia sepultarnos como á tantos otros bajo las avalanchas. A fin de llevar socorros á los desgraciados peregrinos de aquellas montañas sorprendidos por la tempestad, la caridad católica ha edificado en el centro de la llanura una de sus postas. Tres cuartos de legua más allá del *Hospicio de los Peregrinos*, se comien-

Lombardo Véneto y al reino de Nápoles. Si esto solamente deseaba el ambicioso vástago de la casa de Saboya, satisfecha está su ambicion. Pero si quiere que sea duradera esta *unidad*, cuyo origen está en las sociedades secretas enemigas de los tronos, cuyo medio ha sido una punible deslealtad hácia tratados por Derecho inquebrantables, cuyo fin era la República y no el engrandecimiento de un monarca, difícil será que lo consiga. Las reflexiones del Autor á este respecto no tienen respuesta. La guerra civil indispensable en la diversidad de razas, de intereses y de recuerdos históricos; la pérdida inevitable de la libertad en una nueva é hipocrita dominacion, y el despojo del jefe de la Iglesia Católica, cuyos hijos extendidos por todo el orbe tienen un palpitante interes en que este jefe viva completamente independiente de toda potencia y libre de toda presion, son otros tantos obstáculos para la duracion de esta *unidad* absurda y sacrilega, que ha podido nacer del desequilibrio y trastorno pasajero del mundo, pero que no puede conservarse ni por el órden ni por el desórden de la Europa.—N. del T.

za á bajar. Un camino en zig-zag, que parece caer de precipicio en precipicio, conduce á Lans-le-Bourg. Se siente uno agradablemente sorprendido de encontrar al salir de aquellas soledades salvajes una pequeña aldea viva y animada; Lans-le-Bourg es el punto de encuentro de los viajeros de Italia y de Saboya. Lo estomacal no es allí desconocido; de ello es testigo la comida que nos fué servida en *Leon de Oro*, que tomamos con un apetito altamente animado por el gran cocinero del país, que lo es el aire de los Alpes.

Enriquecida nuestra caravana con un constipado de primera calidad, que nuestro conductor trató de fundir en vano en el calor de un viejo Burdeos, emprendió de nuevo su movimiento de descenso por un camino sinuoso trazado sobre las orillas escarpadas del Arque, entre dos espantosas cadenas de montañas llenas de rocas. Abismos profundos, sombrías selvas de abetos, torrentes que se precipitan con estrépito, pirámides de granito que parecen desplomarse sobre vuestras cabezas, trozos de rocas desprendidos del flanco de aquellas masas gigantescas, oscuras cavernas, guaridas de lobos y de osos, temibles señores de aquellas montañas; tal es el gracioso espectáculo, que se prolonga, salvo algunas variedades, durante el espacio de trece leguas, desde Lans-le-Bourg hasta San Juan de Maurienne.

Si debe creerse á la historia, no hace un siglo que por este camino, hoy infinitamente ménos difícil, pasó Aníbal los Alpes con caballos, elefantes y todo el embarazoso tren de un ejército de invasion. El paso del Gran San Bernardo por Napoleón ¿fué más glorioso? Hé aquí un bonito tema de retórica.

En San Juan de Maurienne comienza á abrirse el valle; se perciben acá y acullá pedazos de tierra vegetal. Se acuerda uno de Carlos el Calvo que murió envenenado

en este lugar por su médico judío; se gime á la vista de los desgraciados buchones é imbéciles, y se saluda el campo presunto de batalla en donde Aníbal batió á los Alóbrogos y perdió su vanguardia. Mientras más pobre es la población de aquellas montañas solitarias, es más laboriosa y moial. De todas las provincias del Piamonte y de la Saboya, la Maurienne es la única que no tiene hospicio para los niños expósitos, pero no lo necesita.

Salud ahora á la Isera, mitad saboyana y mitad francesa; salud á Montmelian, á sus bonitas cuevas plantadas de viñas, á sus fortificaciones en ruinas, que en otro tiempo detuvieron á Luis XIII y á su valiente ejército. Hémos aquí en Chambery, la capital de la Saboya. Sobre los negros pavimentos de sus calles estrechas, el oído del peregrino cree oír los pasos medidos de las legiones de César que bajaron de los Alpes para hacer la conquista de las Gálias; despues bajo las bóvedas de la piadosa catedral cree oír la voz querida de San Francisco de Sales, el apóstol de aquellas montañas. A poca distancia la vista encuentra dos ilustres cunas, la del gran conde de Maistre y la del general de Boigne. ¡Honor, reconocimiento, inmortalidad al génio cuya mano poderosa asió á Voltaire y rompió el coloso de pedestal de arcilla, cuya mirada elevada hasta la intuición divina sondea con la misma facilidad los misterios de la Providencia y las profundidades del porvenir, y cuya palabra perfectamente original se graba en los corazones como la punta del buril sobre el cobre ó el acero! ¡Honor, reconocimiento, inmortalidad, al guerrero generoso, dos veces digno de este nombre, quién despues de haber vencido á precio de su sangre á los enemigos de su patria, alcanzó una victoria más notable todavía derramando su inmensa fortuna en el seno de los pobres.

Admiremos ahora la industria humana

que á fuerza de audacia y de tenacidad ha abierto el hermoso camino en que estamos, perforando y haciendo saltar durante una media legua, rocas gigantescas cuya masa asombra á la imaginación. No es desde ayer desde cuando le sonrie lo imposible y desde cuando le gusta intentarlo. Hace veinte siglos Horacio le hacia este poético reproche: *Nil intentatum reliquit audax Japeti genus*. Si se interroga á aquellas rocas dislocadas, entreabiertas por la mina, responderán que sus hermanos ó sus abuelos volaron hechos pedazos por el vapor del vinagre quemado por Aníbal. Es probable que fuese vinagre de los cuatro ladrones: la historia no nos dice ni una palabra sobre esto, pero afirma que seria más fácil hoy que nunca estar libre de él.

Despues de la aldea de las Escalas se atraviesa el Giers, especie de torrente que muge en el fondo de una barranca cuya pendiente de prodigiosa elevación oculta sus ondas espumosas. Muy pronto se muestra bajo la forma de un pequeño riachuelo tranquilo é inofensivo, débil barrera que separa la Francia de la Saboya. Entramos al Puente de Beau-voisin. Adios del traje saboyano, italiano, napolitano, austriaco; adios á la *Dogana*, «á la aduana,» *al passaporti*, «á los pasaportes,» *alla buona mano*, «á la gratificación.» Todo cambia; he aquí el uniforme frances, el frac verde con galones azules; he aquí la aduana y los pasaportes y los plomos de seguridad. Se nos registró concienzudamente y casi políticamente; despues, mediante cincuenta céntimos, se nos halló en toda regla y á pocas horas la diligencia Bonafous nos ponía en el piso de Lyon. El círculo de nuestras peregrinaciones habia terminado.

Dimos tres dias al descanso y al estudio muy interesante de los establecimientos que forman la gloria de la «ciudad de las Limosnas.» Fouvières con su devota peregrinación, San Juan tan feliz con poseer

el corazón de San Vicente de Paul; los Cartujos y su bella Iglesia, San Ireneo, la prisión de San Potino y de Santa Blaudina, los huesos de los diez y nueve mil mártires; Ainay, en otro tiempo tan temido de los poetas y de los retóricos; el piadoso cementerio de San Justo; la Caridad con su pueblo de ancianos y sus suaves camillas para los pequeños niños expósitos, una multitud de iglesias brillantes en obras y en instituciones de caridad: todo este espectáculo de piedad, de fe, de lujo católico renovó algunas de las impresiones experimentadas más allá de los montes. Ellas nos fueron muy dulces, porque partiendo desde las fronteras de Francia, las cruces, las madonas, los oratorios, los signos religiosos que coronan las montañas y que están á las orillas del camino de Italia, habian desaparecido. Nada de poesía para el corazón, nada de encantos di-

vinos para el peregrino. Por todas partes la fría imagen de un materialismo monótono.

El 27 á las doce del día llegábamos sanos y salvos al punto de partida. ¡Necesito decir que la vista de Nevers enterneció deliciosamente nuestra alma y llamó á nuestros labios la oración con que, seis meses ántes, habia comenzado el viaje? «¡Oh Dios protector de los hijos de Israel, que les habeis hecho atravesar el mar rojo á pié enjuto, que habeis indicado á los Magos por la luz de una estrella el camino que conducia hácia vos, dignaos concedernos un viaje feliz, un tiempo sereno, á fin de que conducidos por vuestros santos Angeles, lleguemos al lugar adonde vamos, volvamos sanos y salvos á aquel de donde partimos y que despues lleguemos felizmente al puerto de la eterna salvación. ¡Amen! ¡Ojalá sea así!

FIN DEL TOMO TERCERO.